

## EL DIA DE SAN FERNANDO, PATRONO DE LOS AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA

El pasado 30 de mayo, los amigos de la Ciudad Católica celebraron la Festividad de San Fernando. Con tal fin se celebró en primer lugar la Santa Misa, como en los dos años anteriores en la iglesia de Ntra. Sra. de Montserrat, regida por una pequeña comunidad de Padres Benedictinos. Ofició el P. Francisco Sánchez, quien en la homilía se refirió principalmente a tres puntos: 1) Repitiendo las palabras con que finalizaba el Evangelio, "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", recalcó que no siempre habían sido rectamente entendidas. Entre ambos derechos, los humanos y los divinos, no se da una verdadera independencia, ya que es también de Dios todo cuanto sea del César. 2) Toda autoridad proviene de Dios. De donde se deduce que el individuo, y también la sociedad y el Estado están obligados a rendir, como tales, vasallaje a Dios. (Nada mejor que la encíclica "Quas primas" de Pío XI para comprender la soberanía de Jesucristo sobre todos los pueblos y naciones de la Tierra). 3) El católico tiene unos deberes cívicos y sociales ineludibles: respecto de la familia, de la Patria, de la ciudad, etc. Resaltó por último, el noble y hermoso ideal de los amigos de la Ciudad Católica, pidiendo oraciones para la perseverancia en la acción mediante la caridad política y con la prudencia que distinguió a Fernando III el Santo a lo largo de todo su reinado.

Acto seguido tuvo lugar una cena de compañerismo y amistad. La cena transcurrió muy animada y concurrida, pues fueron cerca de doscientos los asistentes.

A los postres tomaron la palabra varios amigos de la Ciudad Católica: María Teresa Morán Calero, Ignacio Zuleta Puceiro y Jerónimo Cerdá Bafuils.

M<sup>a</sup>. Teresa Morán gustó mucho, tanto por el tema que desarrolló, cuanto por la manera de hacerlo. Sus palabras fueron las siguientes:

*«Hoy, día de San Fernando, y a pesar de lo mucho que se ha hablado aquí de él estos últimos años, quiero recordar un momento tan sólo a la persona que indudablemente configuró su vida y su reinado; Berenguela de Castilla, su madre.»*

»Ella cedió a su hijo el trono de Castilla y le ayudó a mantenerlo, mientras él hacía una de las páginas más brillantes de la Reconquista. Y lo más importante fue, probablemente, la que más le ayudó a conseguir la santidad. ¡Qué influencia tan grande puede llegar a tener una madre en el destino de sus hijos, de su familia! Esto queda patente también en el caso de S. Luis de Francia, hijo de una hermana de Berenguela de Castilla. Y sobre todo en el gran ejemplo de madre cristiana, Santa Mónica.

«En fin, no voy a detenerme en más ejemplos, sino partiendo de esta realidad palpable en ellos, intentaré dar una idea de cuál debe ser el papel de una mujer en la familia, de su importancia.

»En primer lugar partimos de la base de que tanto la mujer como el hombre tienen una misión específica en el mundo. No están en la tierra como efecto de una serie de fuerzas extrañas e irracionales. Dios los creó y lo hizo con un fin determinado: Para que le alabasen en la tierra y lograsen su propia santificación. Es decir, el hombre tiene la obligación de santificarse e intentar cumplir los designios de Dios sobre él. Y al decir esto, me refiero, naturalmente, al hombre y a la mujer. Se trata entonces de determinar lo que la mujer en particular debe hacer en el mundo; cuál es el papel que le corresponde a ella y sólo a ella.

»Por su propia naturaleza está destinada a ejercer su labor dentro de la familia, primordialmente. Dentro de ella le corresponden dos funciones:

»Primero, actúa como esposa, como compañera de su marido, colabora con él en la realización de un mundo más cristiano, siguiendo los deseos de Dios al crearla. Así viene expresado en el Génesis: «y dijo Dios: no es bueno que el hombre esté solo y le dio una compañera». Su misión, pues, es ayudar a su marido, sostenerle en las situaciones de peligro, hacer que nunca esté solo. De esta manera es correalizadora con él de todos sus actos, pues es su impulso y su fuerza; algo de lo que no se puede prescindir.

»Evidentemente esto no es una humillación frente al hombre. Se convierte en compañera, no en esclava. De hecho, el cristianismo ha dado su verdadera dignidad a la mujer y la ha equiparado al varón, cosa que no sucedía en las civilizaciones antiguas. Ante Dios ambos son iguales, tienen los mismos valores personales y fundamentales. Pero lógicamente tienen distintas funciones. Distintas y complementarias, de tal modo que para que no se derrumbe la organización social y familiar, cada uno debe asumir su propia función que sin la del otro siempre quedará incompleta. Esto no quiere decir que la mujer deba dedicarse exclusivamente al campo familiar. Puede ejercer su influencia de muchas otras maneras, pero siempre subordinando todo

a esto principal. Lo esencial es cumplir las obligaciones primarias. Luego, todo lo que pueda hacer además es accesorio.

»El otro aspecto de la función de la mujer viene determinado por su propia naturaleza: por la maternidad. Es su misión más trascendente. Decía Pío XII que, con ello, la mujer alcanza su propia perfección, incluso moral, y su doble destino terreno y celeste. Por ello, la mujer se hace instrumento de Dios para la creación de un nuevo ser. Consecuencia de la maternidad es el deber de educar a los hijos. Corresponde a la familia y naturalmente a la madre, inculcarles las ideas de Religión y de Patria, formar cristianos nuevos y fuertes. Responsabilidad mayor en el día de hoy, en el que el resto de las organizaciones sociales no sólo no ayudan a conseguir estos fines, sino que intentan anular toda labor positiva en este sentido. Para ello, la mujer debe tener una formación sólida, una fe firme y una fortaleza capaz de aguantarlo todo. Y debe saber infundir estas virtudes a sus hijos. Naturalmente, para ello cuenta con algo más que sus propias fuerzas: con la ayuda siempre de Dios y la iluminación especial que el Espíritu Santo le da. Y, sobre todo, siguiendo el ejemplo de la Virgen, la mujer por excelencia. Ella nos enseñó qué nos corresponde hacer, al decir: «He aquí la esclava del Señor». Siempre siguió los designios de Dios sobre Ella.

»Al final, la mujer cristiana será siempre la más sabia, puesto que sabe ciertamente cuál es su misión en el mundo, es firme en sus ideales y lo espera todo en Dios. Es la base de una sociedad fuerte y estable.

»Es por ello, que uno de los objetivos primordiales de la Revolución es la corrupción de la mujer. Y lo consiguen mediante ataques que no son directos. Se encubren bajo la apariencia de más libertades, más derechos, cuando lo que en realidad pretenden es destruirla y anular toda la labor positiva que pueda hacer en el mundo. Es el intento de destruir lo que Dios ha sublimado, como dijo muy bien un Papa de este siglo. Y la destruyen en los dos sentidos de su acción:

»Como esposa la enfrentan a su marido y anulan indirectamente a éste también. Destruyen la estabilidad de la familia.

»Como madre, la separan de sus hijos. Le quitan la influencia educadora que pasa al Estado o a grupos de fuerza. Con ello, se consigue una educación uniforme de la juventud, que se convierte en más fácilmente manejable.

»Este es el engaño tremendo de las ideas modernas y sus liberaciones. El principio de la subversión y el cambio más fácil para conseguirla. Nuestra actitud ante esto debe ser clara. Como católicos, no podemos admitir los postulados del liberalismo y el anticristianismo.

A nosotros, y sobre todo a las mujeres, corresponde reconstruir el hogar, la familia y a través de ella la sociedad.

»Roguemos a S. Fernando que interceda por nosotros y pidamos a Dios que nos dé fuerzas para cumplir nuestra tarea.»

Acto seguido tomó la palabra Ignacio Zuleta Puceiro, quien señaló que no nos está permitida la desesperanza. Nuestra lucha es a vida o muerte. Pero... ¿qué es en definitiva esta lucha?

«Siempre he pensado, cuando me ha acuciado la preocupación acerca de la efectividad de nuestras acciones en defensa de la Fe que compartimos, que el óptimo ejercicio de nuestra vocación de inteligencia está en darle a sus verdades permanentes una presencia actual frente a las contingencias de cada tiempo.

»Si hay una cosa que nos reúne esta noche de San Fernando, es la conciencia que tenemos de algo que nos liga y cuya entidad nos preexiste y nos sobrevivirá. Nos nos ha sido dado inventar nuestro Credo, como tampoco les fue dado eso a nuestros predecesores. Este carácter de nuestra comunión tiene un peso esencial en la fisonomía de esta casa. Vivimos en una era que quiere —pese a los males que ello nos acarrea— olvidar al Creador y, con el pretexto de la desalienación, radicar al hombre en la contingencia material. Hemos visto cómo este olvido de Dios ha traído aparejado el olvido de la esencia del hombre y del sentido de su vida, cuya consecuencia directa es la construcción de modelos inadecuados para su existencia.

»El signo de nuestros días es un «modernismo», fruto de este proceso de desintegración de la imagen del hombre ante sí mismo; y la angustia del tiempo, bajo la forma de la adhesión a lo material y a los usos del momento, la moda, lo mudable es la guía de su moral. Esa vivencia angustiada del momento, que aliena las potencias del individuo en la simultaneidad vertiginosa del contorno, lo descentra de su raíz espiritual, que funda y da sentido a su esencia y su existencia temporal. Tampoco le ha sido dado al entendimiento el privilegio de desentrañar el misterio de la vida, evidencia intangible pero fundamental, y sólo una perspectiva sobrenatural, la de la Fe cristiana, es la clave para comprender ese sentido y esa esencia.

Frente a ese modernismo que lanza al hombre al cambiante devenir del contorno, lo hace mimético y le aleja de su verdadero centro espiritual, afirmamos la actualidad perenne de su ser creado y ordenado a la perfección individual en la sociedad. Y las herramientas que lo acercan a esa verdad son esos principios, que leemos en la Creación natural y en la Revelación escriturística, que él no ha inventado y que no acaban en él.

»Así vemos perfilarse el rumbo de la vocación de inteligencia de que queremos hacernos merecedores. Es vocación de testimonio y militancia conducida por un empeño que no es de este mundo. La vil depreciación de nuestra trascendencia como hombres, a meros objetos de la dialéctica histórica o de la lógica oscura de los instintos, es una engañosa deformación. Frente al engaño, se alza esa vocación de afirmar nuestra realidad de hijos de Dios en instituciones que encarnen vivamente y en cada circunstancia su tradición. No modernismo, sino conciencia de la actualidad y la presencia del origen sobrenatural y del mensaje de salvación, valores que no son formas de cultura, sino cimiento eterno de las obras en el tiempo. No se construyen en el tiempo desde el tiempo, como no se entiende el tiempo y la vida desde el tiempo y la vida.

»Y como nuestra tarea es inicial y finalmente constructiva, anteponeamos al capricho de la hora y frente a la utopía que hunde al hombre en un temporalismo suicida, el imperativo de cimentar la perfección de cada uno y el bien común del cuerpo social; construimos la sociedad de los hombres sobre la base de la Creación y la Revelación, frente al experimento y la aventura que hace de las personas sordos objetos de manipulación, y, en el mejor de los casos, trágico «costo social».

»Están en la memoria de todas las palabras que hace no mucho tiempo nos dijera nuestro querido amigo Francisco José Fernández de la Cigüeña sobre actualidad y vigencia; recojo de él esta frase: «devolver la actualidad a la vigencia». Nuestro empeño racional está dirigido, hoy más que nunca, y frente al confusioñismo de las soluciones parciales —de parte— a determinar las verdaderas vigencias y sacar a la luz las profundas actualidades que, en razón de tales, son universales y para todos, es decir, católicas.

»Actualidad del espíritu de la caridad evangélica en todos los terrenos de nuestra actividad, la familia, y las instituciones; saber ser maestros y discípulos, saber ser mensajeros del Verbo y no ensordecernos ante su voz. Cuántas veces no nos vendrá la palabra de donde menos lo esperamos, del lamento del desesperado, de la angustia de quien no cree, y a veces hasta del encono del adversario.

»Actualidad y vigencia de la esperanza. Se nos ha enseñado que no nos está permitida la desesperanza. Quien es, es por Él, a Él espera y de Él espera. ¿Es el sentido de la unión de nuestras voluntades el estar lanzados a una lucha en que nos jugamos la suerte de vencedores o vencidos? ¿Es que veremos aquí algún premio? ¿Es que nuestra lucha es definitiva? No, porque el mensaje que nos anima no es definitivo, no acaba en nosotros. Dice San Pablo: «La esperanza que se ve, no es esperanza, porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera?» (Roma-

nos). Por ello nuestra fe no es ideología, ni plataforma, ni técnica. Es mucho más que eso: es imperativo de testimonio y militancia en la Esperanza, núcleo sustantivo de nuestra conducta.

»Y vigencia de la Fe. En el sentido más profundo y vivo de quien mejor la vive. Y por ello, vigencia del ejemplo, reconociéndolo y siéndolo. Ejemplo son actos: «Haga actos de todas las demás virtudes», decía Santa Teresa a sus carmelitas. No estamos de más con nuestros actos en ningún ambiente.

»Estas reuniones de los amigos de la Ciudad Católica, a las que he tenido el privilegio inolvidable de asistir durante dos años, tienen un complejo significativo cuyo alcance pocas veces vislumbramos de una mirada. La superficialidad aparente de una cortesía social nos une, como dije antes, en el sentido de lo permanente, al tiempo que la preocupación de lo contemporáneo desvela nuestras conversaciones. Pero, ¿qué tiempos no han sido «recios», como decía Santa Teresa, para la Verdad? ¿A qué cristiano —y en todas las épocas ha sido así— le está permitido adormecerse en la seguridad de la victoria? La nuestra es una Fe de hombres, Fe que es misterio y que como tal exige la vigilia permanente del espíritu. Nos debemos una exigencia de caridad en espíritu de militancia y testimonio. No olvidemos que tenemos el privilegio de compartir una Fe nacida en el sacrificio, que es servicio amoroso, y que, entonces, se ha convertido en exigencia de servicio amoroso.

»¿Qué mejor vocación que la entrega a la vigilia permanente de recoger su vigencia permanente y hacerla actual en nuestro corazón y en los actos de cada día en cada lugar?».

Por último, hizo uso de la palabra Jerónimo Cerdá Bafiuls. Se refirió fundamentalmente al deber, reseñado por los Papas de la caridad política. Los católicos no pueden permanecer indiferentes ante las aventuras políticas de su patria, sino que tienen el deber moral de trabajar activamente, en defensa de los ideales cristianos, a través de aquellos grupos que se ajusten a ellos de una manera más completa. El cristiano debe procurar como señaló Pío XII: "la penetración recíproca del apostolado religioso y de la acción política".

Este deber de caridad política fue el que llevó al orador a aceptar su inclusión en una candidatura política en Valencia. Llamó la atención sobre el hecho de que su campaña electoral estaba basada en "slogans" y principios de la revista VERBO y demás publicaciones de SPEIRO constatando la gran aceptación que tenían. De ahí la necesidad cada vez mayor de los amigos de la Ciudad Católica de dar a conocer en todos los ambientes en que se desenvuelven la doctrina contenida en las publicaciones de nuestra editorial. Por último, hizo

una introducción a la que va a ser la XVI Reunión de amigos de la Ciudad Católica, que tendrá lugar en Valencia los días 9, 10 y 11 de diciembre. El congreso ya está siendo preparado y el ambiente que se respira en Valencia es muy favorable, con lo que parece se superará con mucho, a los anteriores en cuanto al número de participantes. Jerónimo Cerdá terminó invitando a todos los comensales a que se desplacen a Valencia, llevando el mayor número de amigos posibles.

Durante la cena se discutió y habló mucho acerca de los tiempos que desgraciadamente toca vivir a nuestra patria. Tiempos nuevos para algunos, los jóvenes; y de no gratos recuerdos para otros.

Yo, que soy de los primeros, veo constatado en la práctica lo que se ha estudiado o simplemente leído en la teoría. Los partidos o grupos sin respaldo económico quedan atrinconados; las mentiras y calumnias revolotean en el aire; la demagogia como arma política; y un sinfín de cosas más. Las virtudes cristianas están totalmente ausentes dentro del juego político del estado liberal.

Frente a ello, a nosotros nos toca, hay que mostrar hidalga y bien alta la figura del caballero cristiano. La del caballero que no se mueve por vana pasión de poder, sino porque la caridad, virtud netamente cristiana, así se lo pide y se lo exige. Y más concretamente porque esa caridad le impulsa a preservar en la acción política únicamente para conseguir una ciudad netamente católica donde los derechos de Dios y de la Iglesia sean respetados.

En consonancia, pues, con esta caridad política del caballero cristiano habremos de obrar conforme a las enseñanzas de San Pablo: «malas palabras no salgan de nuestra boca, nuestro hablar sea bueno, constructivo y oportuno; de esta manera haremos bien a los que nos oyen. Nada de rencores, coraje, cólera, voces, ni insultos. Haciéndolo todo sin murmuración y sin discusiones, a fin de que seamos irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha, en medio de esta generación mala y perversa entre la cual debemos aparecer como antorcha en el mundo. Procedamos honradamente, practicando la justicia, con intenciones leales; no calumniando ni difamando al contrario. No retractando lo que se juró aun en daño propio, ni aceptando sobornos. El que así obra nunca fallará» (salmo 14).

Los tiempos están turbios. No sabemos qué ocurrirá. Únicamente una sola cosa está clara: que la victoria, tarde o temprano, es nuestra. Por ello tengamos siempre presentes estas palabras del Apóstol de las gentes: "Perseverad firmemente fundados e inmovibles en la fe y no os apartéis de la esperanza del Evangelio que habéis oído, que ha sido predicado a toda criatura bajo los cielos" (Col. 1,23).

EVARISTO PALOMAR MALDONADO.